

MUJERES Y LAVADEROS EN REQUENA Y SUS ALDEAS: UNA MEMORIA VIVA

Asunción Navarro Campillo



Fotografía 1. Lavadero de La Loma (Requena). Década de los setenta del siglo XX.

Autor: Manuel López Andrés. Colección: Jacinto Andrés Martínez.

RESUMEN: La entrevista a un grupo de mujeres del término municipal de Requena (Valencia), las últimas que lavaron a mano fuera de casa, antes de que llegaran las lavadoras, permite conocer los lugares en los que realizaban ese duro trabajo y las condiciones en que lo hacían. Acudir a espacios comunes reservados para ellas y compartir su tiempo e inquietudes, facilitaba su desarrollo como persona.

PALABRAS CLAVE: Mujeres, Ir a lavar, Requena y aldeas, cargar, socializar.

INTRODUCCIÓN

Tenía un sueño: poder realizar al aire libre y con cierta comodidad una labor que como mujer le estaba encomendada. Para ello había encargado a un herrero que le hiciera un carrillo de mano. Así podría acarrear la carga de «gavetas»¹ y ropa que necesariamente le habría de acompañar en ese anhelo. Contenta y sin pereza, recorría a pie los kilómetros que hicieran falta. Una vez a la semana se dirigía a uno de estos

1 Gaveta: expresión coloquial que en la zona de estudio designa a un barreño de metal, generalmente de zinc, en el que las mujeres cargaban la ropa limpia o sucia cuando iban a lavar; también hacían en él el jabón casero.

enclaves: el barrio de La Loma o La Fuencaliente. Mientras realizaba su trabajo había unos momentos especialmente gozosos. Cogía una sábana, un jersey, una toalla y cuando ya iba a aclararlos, los lanzaba al aire abriéndolos en la máxima extensión que podía para que, cuando cayeran al agua, se empaparan bien y se enjuagaran con prontitud, teniéndolos que sumergir menos veces para terminar de quitarles el jabón. En el instante del vuelo de estas prendas era como si por unos momentos volara con ellas antes de que se sumieran en la corriente. Se expansionaba. Así siguió hasta el año 1982 en que enfermó y tuvo que cambiar esa rutina. La lavadora llegó a su casa.

Conocer ese retazo de vida ha sido fuente de inspiración para hacer este trabajo, que es el resultado de varias entrevistas a mujeres de entre 58 y 92 años, nacidas por tanto, entre 1929 y 1963, que iban a lavar a los lavaderos públicos en el periodo de la dictadura franquista, en años en que en las viviendas todavía no había un grifo con agua potable. Son mujeres que cuentan de viva voz sus memorias, sus vivencias en ellos, que fueron las últimas en lavar fuera de casa y las primeras en disponer y disfrutar de lavadoras. Y es que lavar siempre fue tarea exclusivamente femenina. A ellas se les atribuyó desde que las primeras sociedades comenzaron a organizarse, especializarse en el trabajo y diferenciarse por género.

Un apunte a resaltar sería que la presencia de personas cercanas a las mujeres entrevistadas, pudo suponer un sesgo en algunos casos ya que quizás, les impidió hablar con total libertad, condicionando algunas de las respuestas.

El territorio que abarca este trabajo es el término municipal de Requena, con algo más de 800 kilómetros cuadrados, veintiséis pedanías y bastante variabilidad orográfica. Las aldeas son las siguientes: La Cañada, Villar de Olmos, Las Nogueras, Calderón, San Juan, Barrio Arroyo, Roma, El Derramador, El Azagador, El Pontón, San Antonio, El Rebollar, La Portera, Hortunas, Fuen Vich, Los Pedrones, Casas de Soto, Casas del Río, Los Duques, Campo Arcís, Casas de Eufemia, Los Ruices, Casas de Cuadra, Los Cojos, Los Isidros, Penén de Albosa.

LAS CONDICIONES DEL TRABAJO DE LAS MUJERES

El lavado de la ropa es una medida imprescindible de higiene que las mujeres hacían donde podían. En sus domicilios lo tenían difícil, dadas las condiciones en que transcurría su cotidianeidad. El agua para beber y de uso doméstico, si no tenían pozo o aljibe, la cogían de las fuentes. En la mayoría de las casas que disponían de pozo, el agua era salobre, así que hacían acopio de la de beber en las fuentes o en pozos comunales de agua dulce (este es el caso de El Rebollar y Los Ruices).

El agua salobre se empleaba para los menesteres diarios, pero no servía para lavar la ropa, no la «desatascaba», se cortaba el jabón, no hacía espuma.

Por otra parte, el agua de los pozos, aún en el caso de que fuera buena, estaba honda, entre catorce y veinte metros. Se sacaba con la ayuda de una carrucha, y era muy pesado sacar tanta para lavar, «te desbrazabas».

Así que con estas circunstancias, era más cómodo lavar fuera de casa.

No obstante, algunas familias con más medios tenían sus pozos para hacer este menester. En ellos, el agua estaba somera, a dos o tres metros de profundidad. Además estaban resguardados dentro de una pequeña casilla junto con una pila. Los Duques tenía una treintena de ellos, que se situaban a cuatrocientos metros de la aldea en una zona con un manantial; el agua del lavado la empleaban para criar ajos y alfalfa. Casas de Eufemia tenía unos doce, que se situaban junto a la rambla Esteruela y desaguaban en ella. En Casas de Cuadra, se disponían en sus afueras, no llegaban a la docena y el agua residual se conducía a las viñas.

Los elementos con los que se contaba para hacer la colada eran: la «gaveta» (fotografía 2), normalmente de zinc, para llevar la ropa sucia o limpia y dejarla a remojo, la «esportilla» (fotografía 3) de esparto para la ropa sucia, el baleo (fotografía 4) para arrodillarse y aislarles de la humedad junto con almohadones de paja, delantales de lana o pana, sarmientos; la losa de madera (fotografía 5), si donde iban no había pila, y el jabón.

Todas las mujeres, hacían jabón casero, no había otro, con grasa y sosa cáustica. La grasa se iba reservando para ese fin, especialmente si se hacía matanza del cerdo. Jabón no todo el mundo tenía el que quería, había que medirlo. La ropa negra algunas mujeres de Requena, La Cañada, La Portera, y Hortunas, la lavaban con greda porque limpiaba mucho y se quedaba mejor que con el jabón... «Con greda lavábamos la ropa negra. La cogíamos en los gredales, camino a Hortunas, ¡a darle puño a la ropa negra! ... y se quedaba bien».

A la ropa blanca se le daba una primera enjabonada y se restregaba y frotaba en la losa. Luego se dejaba en remojo, con sal sosa o con jabón, para que se blanqueara y se limpiara bien. Por último se aclaraba. Podía terminarse la colada blanqueando la ropa con el azulete.

Para que la ropa se escurriese y pesara menos a la vuelta, a medida que lavaban, la iban tendiendo en las zarzas, romeros, juncadas, espinos, ribazos, hierbas pequeñas...

Normalmente lavaban una vez a la semana. La gente no se cambiaba de muda tanto como ahora.

Solía empezarse a lavar siendo niñas, con nueve, diez o doce años, incluso con menos edad si la madre caía enferma.

Cuando iban a pie a los lavaderos, porteaban la «gaveta» en la cabeza sobre una especie de almohadilla, o rodete de toalla, para que no se les «hincara» en la cabeza, o bien en el costado, apoyada en la cintura (figura 1); una carga que podía pesar hasta quince kilos, y que había que llevar a lo largo de bastantes metros.

Salvo en los lavaderos de obra, se lavaba de rodillas (fotografía 6). Se trabajaba en malas posturas y con humedad en los pies y rodillas. Las manos se llenaban de sañaones por la exposición al agua fría (fotografía 7).

Algunos testimonios de las entrevistadas reconocen que era un trabajo pesado, que castigaba mucho el cuerpo:

«Mi hermana estaba “escostillá” de tanto lavar».

«Me resultaba penoso ir a lavar porque tenía que ir cargada con la “gaveta”, el cubo, la losa»...

«Si me ponía la “gaveta” en el lado, malo, si me la ponía arriba, también malo, fuera como fuera, a padecer, y con poco jabón».

«¡Cuánto hemos “rabiao”!. ¡Cuánto hemos “padeció”!. Lavando de rodillas... Te cansabas, sí, las manos se te quedaban “congelás” de llevarlas en la “gaveta”, con la ropa mojada. El frío se te quedaba en el cuerpo y ya no se iba hasta que te acostabas».

«Iba a lavar con mi hijo pequeñito, que lo llevaba en el carrito, con la “gaveta”, el pozal y la losa... iba por esos caminos... cuando volvía, iba que no podía más».

«Como no había lavadoras no nos parecía faena “pesá”, pero lo era porque estábamos de rodillas, parece que estábamos castigadas».

«¡Todo el día de rodillas!. Cuando te levantabas no sabías ni dónde estabas. Cuánto padecemos con la “lavá”!. Siempre había gente lavando. Trabajé mucho y muy pesado. Iba al campo y lo más pesado era lavar. Te “recalcabas”. Se te ponía dolor en las caderas y estabas tres días “recalcá”. En un día lavábamos la ropa de una semana o más».

Un elevado número de mujeres de Requena y las aldeas eran muy pobres y se desplazaban andando a todos lados, mientras que en algunas casas tenían caballería y burro o ambos. En estos casos se podía subir en carro o al menos llevar la carga en él. Las mujeres conducían los animales pequeños, burras, jacas, y los hombres los grandes, caballo, mula, etc. Si no se tenía carro propio, solían compartirse entre vecinas. Recordemos que en el contexto socio-económico del que hablamos, en esta zona de estudio no se disponía de vehículos a motor, fueron llegando a medida que lo hacían las lavadoras y otras mejoras sociales.

También se utilizaba la bicicleta como medio de transporte; era un hombre el que la conducía llevando el barreño en la parte de atrás, mientras la mujer iba andando. Los carrillos de mano igualmente servían para esta ocupación.

Los lavaderos podían estar en las inmediaciones de los domicilios, otras veces ya había una distancia considerable y se tenía que andar mucho hasta llegar a él, por ejemplo, desde Barrio Arroyo hasta el lavadero Madrid costaba ir andando más de media hora yendo «ascape», y una hora desde el Derramador a la Fuencaliente.

Si los lavaderos estaban lejos, algo común en ciertas aldeas, se echaba mano del carro; lo habitual era ir juntas varias mujeres, dos, o tres o cuatro, conduciendo la «bu-

retta» o la jaca una de ellas, o bien las llevaba el marido o el padre con el macho o el caballo. Ir desde La Portera a Hórtola, a la Fuente del Arquillo, costaba una hora y tres cuartos; dado el tiempo que se invertía en el traslado, aprovechaban el día y volvían de noche. Es también lo que refieren mujeres del Azagador y del Derramador cuando iban a la Fuencaliente, que muchas veces pasaban el día, se llevaban comida, pero a veces ni comían, para que les diera más tiempo, pues llevaban gran cantidad de ropa para lavar.

Las mujeres más desfavorecidas que vivían en aldeas por las que pasaban ramblas, siempre acudían a lavar a ellas, hiciera frío o calor. Las más pudientes, al menos en invierno, cuando caían las temperaturas por debajo de cero, con ayuda de los animales de carga, se desplazaban a los lavaderos de Requena para estar a cubierto, al de Las Derechas o al de Las Pilas; sin embargo, a las más pobres les tocaba romper el hielo para poder llegar al agua líquida, a lo que se añadía que para enjabonar las prendas tenían que llevarse el «pucherete» con el jabón líquido en que se había convertido la pastilla casera que previamente habían derretido al fuego. Esta circunstancia de romper el hielo se repetía en Casas de Eufemia, El Rebollar, Los Ruices, San Antonio... «Si íbamos a lavar y hacía frío, ¡soplábamos!, rompíamos el hielo. Hemos pasado mucho frío. Se ha padecido mucho con el tema de lavar. Toda la mañana restregando y arrodillada... »

Cabe decir que ciertas mujeres, aún haciendo la tarea a gusto, reconocían que la repercusión del esfuerzo físico era manifiesta: «Me encantaba lavar aunque luego estabas dolorida por estar todo el día y de rodillas».

Incluso algunas entrevistadas no recuerdan que lavar fuera algo pesado, y no sólo eso, dejan entrever que no podían elegir, que no tenían más remedio que hacerlo y que ni se planteaban si lavar les gustaba o no. Otras manifiestan añoranza, que sentían bienestar por tocar el agua y verla correr.

«Era una faena más pero que se llevaba muy bien».

«No me cansaba de lavar, no lo recuerdo como un gran esfuerzo».

«No había otra cosa, lo veía tan natural. No recuerdo lavar como algo pesado. Estaba acostumbrada».

«Cogías una sábana, la movías, se llenaba el río de sábana y se la llevaba la corriente y quitaba todo el jabón y la suciedad. Era un embeleso. Daría algo por volverlo a hacer».

«Si estuviera el lavadero, aún iría a lavar la mopa, el delantal, paños de cocina... Si hicieran uno, me encantaría ver cómo corre el agua».

¿DÓNDE LAVABAN LAS MUJERES?

Uno de los principales lugares a los que acudían las mujeres eran los lavaderos.

En Requena se ha podido constatar la existencia de ocho, seis de ellos ya existían antes de 1894 y dos son posteriores a esa fecha. En el primer plano estructural de la

ciudad realizado por Casimiro Pino a principios de los años veinte del siglo XX, (figura 2), aparece señalada con un círculo grande, la ubicación de seis de ellos. De norte a sur: El de Reinas (o el de Las Peñas) (fotografía 8), Las Higuerrillas, La Callejuela (o del Sifón), Fuente del Peral, Fuente de Las Pilas (fotografía 9), Fuente del Pino.

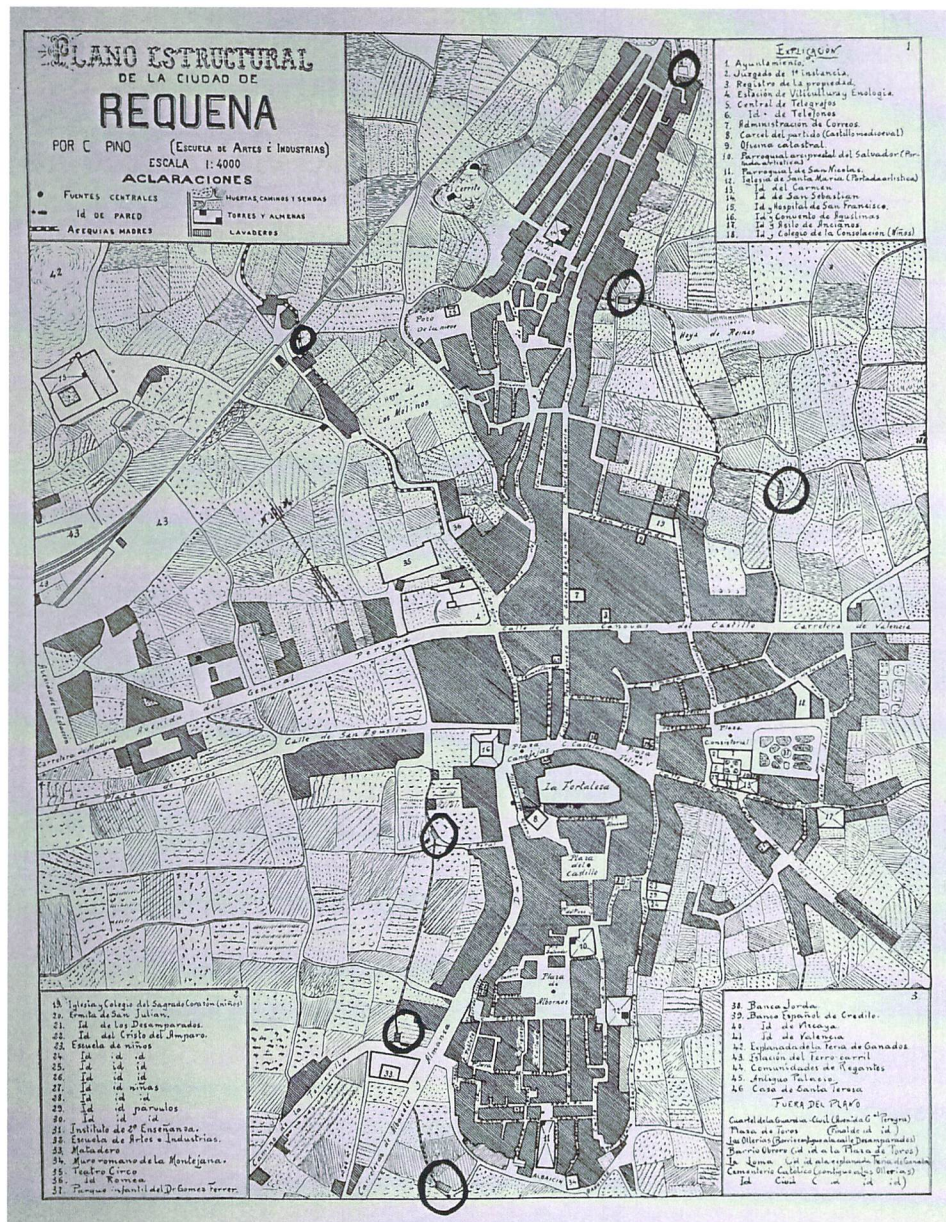


Figura 2. Plano de Requena realizado por Casimiro Pino a principios de los años veinte del siglo XX.

A través de un acta de la Junta Municipal de Sanidad de 1894², conocemos la existencia de seis lavaderos públicos, en una memoria que recoge el estado sanitario de la población de Requena. En el apartado de: «Abastecimiento de aguas: Bajo dos puntos de vista debemos considerar las aguas que abastecen y surten a la población: 1º Las que sean de beber, están en esta localidad, son muy potables y se toman de una fuente llamada de Reinas, situada al Norte de la población y como a dos kilómetros de ella, siendo encauzadas por una tubería y distribuidas en seis fuentes colocadas en sitios convenientes. 2º. Las que sirven para usos domésticos, de limpieza de las casas, también se toman de estas fuentes, y para el lavado de ropas existen seis lavaderos públicos con aguas de otros manantiales y el río que también se destina a ese uso».

El lavadero de Las Derechas (figura 10), llamado así porque fue el primero que se construyó en el que las mujeres pudieron lavar erguidas, conocido también como de Los Molinos, o de la calle Las Cruces, se construyó 1934³ y el de La Loma en 1944⁴; este en un lugar en que ya se lavaba. El primero se señala con el círculo más pequeño, al oeste y el segundo queda fuera del plano, en el extrarradio, al noroeste de la ciudad.

El lavadero de la Fuente del Peral, al menos existió hasta 1936, en que hubo pago de jornales para su limpieza por parte de la administración municipal⁵.

Salvo a este último, que ninguna de las mujeres entrevistadas llegó a conocer, todas las de Requena y algunas de las aldeas iban a lavar a uno o a varios de los otros siete, que coexistieron hasta finales de los años sesenta. Desaparecieron progresivamente a medida que fueron afectados por Planes de Ordenación Urbana. En la actualidad quedan ruinas del de La Loma y del de Las Derechas.

Como ya se ha señalado, los lavaderos de Requena se abastecían del agua de manantiales, que en la actualidad, están todos secos. Dos de ellos, el de Reinas, y el de Rozaleme, tenían tres funciones: movían molinos harineros, servían para lavar las ropas y regaban las huertas. El de Reinas alimentaba al lavadero del mismo nombre, de Reinas, al de Las Higuierillas y al de La Callejuela. El manantial de Rozaleme, surtía al de La Loma y al de Las Derechas. Estos cinco tenían la particularidad de que la propia acequia madre del riego que servía para regar las huertas que el manantial tenía asignado, hacía las funciones de pila en torno a la cual se acomodaban las losas para lavar. Los restantes lavaderos se situaban en el punto de nacimiento de las fuentes a las que debían su nombre y sus aguas se canalizaban para el riego de las huertas.

En una época en que no había agua corriente en las casas, ni estaba completada toda la red de alcantarillado, la ineludible necesidad de lavar ropa, como vía para evitar y no fomentar enfermedades ni epidemias, hicieron imprescindibles estas infraestructuras,

2 Archivo Municipal de Requena (AMRQ, a partir de ahora), signatura 4337, Libro de Actas de La Junta Municipal de Sanidad 1891-1919, Acta del 1 de mayo de 1894

3 AMRQ sign. 2872, Libro de Actas Municipales 1934-1935, Acta 8 de marzo de 1934

4 AMRQ sign. 3595, Libro de Actas Municipales 1944-1945, Acta 26 de marzo de 1944

5 AMRQ sign. 2866, Libro de Actas Municipales 1935-1936, Acta del 9 de julio de 1936

que con agua limpia y abundante, procuraban unas mínimas condiciones de higiene y por ende, ayudaban a preservar la salud de la población (Quesada, 2017, p.5). En la figura 2 se aprecia que en Requena estaban situados estratégicamente, en las proximidades de los barrios donde se concentraba la población, de manera que las mujeres podían acceder fácilmente al que le quedaba más cerca, o al que estaba más limpio y mejor acondicionado. El tamaño de los edificios era variado, unos más espaciosos que otros; el mayor era el de Reinas con unas cincuenta losas de obra, y el más pequeño el de Las Higuerillas, con unas catorce. Todos estaban cubiertos para el resguardo de las inclemencias del tiempo, con aberturas para la aireación, salvo el de La Loma, que estaba a la intemperie.

La cantidad de agua que llegaba desde los manantiales de Reinas y Rozaleme hasta los lavaderos, oscilaba en verano, dependiendo de la tanda del riego. En el caso del de Las Derechas, a veces se contaba con tan poca, que se tenía que embalsar con piedras para poder lavar; eran más numerosos los días en que «venía la legoná» (legonada, medida de caudal de agua) y el lavadero estaba lleno de agua porque había regadío aguas abajo del mismo, que era cuando más mujeres iban a lavar, conocían los turnos de riego. En el caso del lavadero de Reinas, cuando venía mucho caudal se encharcaba, pues el agua se salía por encima de las losas.

Unos lavaderos eran más limpios que otros. En el de Reinas «el agua estaba tan limpia, que había muchos, muchos renacuajos de sapos». Sin embargo los dos que le seguían en la línea no gozaban de esta característica; el de las Higuerillas muchas veces bajaba con suciedad o con la recogida de las aguas negras de zonas como el barrio de Las Peñas.

Asimismo el estado sanitario de los lavaderos dependía de la afluencia de gente, pues determinaba que se depositasen más o menos restos de jabón, de grasa, así como de su capacidad de evacuación de las aguas. Las autoridades locales velaron por el mantenimiento de su higiene con limpiezas esporádicas y por la conservación de sus edificios con eventuales reparaciones, según la revisión llevada a cabo de los Libros de Actas Municipales de la ciudad de Requena entre 1854 y 1964⁶.

En el caso de las aldeas, había lavaderos en once de ellas. La iniciativa para acometer la obra era en ocasiones a instancia de los vecinos, otras, del Consistorio. De seis de ellos se tiene registro escrito del año de autorización o acuerdo de su construcción: Casas del Río⁷ (1935), Los Isidros⁸ (1936), Los Cojos⁹ (1940), Los Pedrones¹⁰ (1945), Campo Arcís¹¹ (1954), Villar de Olmos¹² (1958). Veamos, brevemente alguna característica de estos edificios.

6 Se encuentran referencias en AMRQ sign. 2777, 2794, 2787, 2888, 2882, 2866, 3595, 3597, 2784, 2872...

7 AMRQ sign. 2872 Libro de Actas Municipales 1934-1935, Acta 12 febrero 1935

8 AMRQ sign. 2866 Libro de Actas Municipales 1935-1936, Acta 12 marzo 1936

9 AMRQ sign. 3573 Libro de Actas Municipales 1939-1940, Acta 27 enero 1940

10 AMRQ sign. 3596 Libro de Actas Municipales 1945-1946, Acta 1 agosto 1945

11 AMRQ sign. 3589 Libro de Actas Municipales 1952-1954, Acta 12 marzo 1954

12 AMRQ sign. 3561 Libro de Actas Municipales 1958-1961, Acta 9 septiembre 1958

Casas del Río (fotografía 11): había un primer lavadero situado en el mismo lugar que el actual, sobre la acequia que viene desde la Noria del río Cabriel, no tenía techo y se lavaba arrodillada. El actual está bastante deteriorado. Lo encontramos en las afueras de la aldea.

Los Isidros: el lavadero se alimenta de agua de la Fuente El Reguero, al lado de la rambla Albosa, en las inmediaciones de la aldea. Siempre se lavó de pie. El techo de este espléndido lavadero está a medio hundir. Su pila está llena de agua cristalina.

Los Cojos (fotografía 12): el lavadero, al que las mujeres limpiaban periódicamente, situado a cuatrocientos metros de la aldea, tiene una rotura por donde sale el agua que encharca el suelo y está rodeado de vegetación invasiva que puede llegar a destruirlo. Ocupa el lugar de una charca alemana a La Fuente El Chorro, al que acudían muchas mujeres a lavar de rodillas; cabían unas cuatro personas.

Los Pedrones: el agua del lavadero, dentro del casco urbano, proviene de una fuente, ahora llamada La Purísima, y de la canalización de un pozo comunal, luego pasa a una balsa de riego. Goza de buen estado de conservación gracias a las reformas de que ha sido objeto.

Campo Arcís: antes de que hicieran el lavadero, las mujeres lavaban en La Balsa, que ocupaba el espacio de lo que ahora es el parque del mismo nombre. Ya en 1920, varios vecinos de la aldea, mediante instancia al Ayuntamiento, solicitaban que se construyera una fuente y lavadero «que llenen las necesidades de la aldea»¹³. Situado en las afueras, se alimentaba con agua de pozo; permanece seco y bien cuidado.

Villar de Olmos: se mantiene en buen estado. Se abastece de un nacimiento de agua, que lo mantiene lleno. Situado en las afueras de la aldea.

Las Nogueras: según el testimonio de la vecina entrevistada, el lavadero tuvo su última reforma en 1970, aunque tiene más de cien años, y «no siempre fue como el que se ve ahora». Lo tenían que limpiar las mujeres. Se alimenta de agua de un manantial contiguo. Dependiendo de las lluvias, el agua puede fluir por su natural a un abrevadero y de aquí al lavadero para seguir por una acequia a regar las huertas.

Fuen Vich: tenían dos pequeños lavaderos, uno para cada barrio, que se llenaban con el agua de sendas fuentes. Uno de ellos, en plena rambla La Cierva, sin techo, y con cuatro losas a un solo lado de una pequeña balsa rectangular de obra, tiene la fuente seca y engalanada con una inscripción de 1949. El otro está inaccesible. Situados en la parte baja de la aldea, actualmente están abandonados y cubiertos de zarzas.

La Cañada: según atestiguan las vecinas, su lavadero, situado a unos trescientos metros de la aldea, se construyó en la década de los cincuenta del pasado siglo. Desagua en una balsa de riego. En su lugar, había una fuente y un charquillo donde lavaban las mujeres. De austera arquitectura, su deterioro es palpable en las paredes y en que tiene roto parte de las pilas y el aliviadero. Lo recorre un agua abundante y limpia.

13 AMRQ sign. 2883 Libro de Actas Municipales 1920, Acta 4 noviembre

Casas de Soto: el lavadero, a unos cientos cincuenta metros de la aldea, lindante a la rambla del Martinete, fue construido en 1961¹⁴ con «peonadas de los hombres del pueblo». Se surte de una fuente y desagua en una balsa de riego. Antes de su existencia, en ese mismo lugar se formaba un charco, al que las mujeres del pueblo acudían a lavar de rodillas; cabían unas cuatro. Cuando hicieron los pozos de agua potable, se secó la fuente, y por ende el lavadero, y sólo cuando llueve mucho puede verse algo de agua en él. Se conserva la edificación.

El Rebollar: aún se pueden ver dos lavaderos de los tres que llegó a tener. Uno es El Lavaerillo que se sitúa al aire libre a dos kilómetros de la aldea. Según testimonio de los residentes, lo construyó de hormigón la aldea por los años 1962-1963. Una familia cedió el terreno. Ocupa el espacio de lo que antes fue una charca, a la que las mujeres del Rebollar iban a lavar desde siempre; se formaba por la escorrentía de la rambla del Rebollar y del drenaje de las tierras de cultivo que vertían en ella. En la actualidad está en desuso y la vegetación cubre gran parte de él. Otro, el lavadero de La Venta, está situado a unos cuatro kilómetros y medio, en dirección Valencia, en el curso de la rambla de La Venta, al aire libre. En 1940 ya se conocía. Y por último, en 1975-76 se construyó un lavadero en el centro de la aldea con agua de la Fuente de La Zarza, que venía desde la Sierra del Tejo. Al menos cabían diez mujeres y lavaban de pie. Estaba cubierto. El agua saliente regaba las huertas. Ya no existe.

Respecto a las edificaciones, debido a factores como la densidad de las poblaciones a las que daban servicio o disponibilidad de agua o de presupuesto, nos encontramos con un abanico de formas y tamaños, desde el lavadero de Los Isidros con veinticuatro losas, al modesto de Las Nogueras con espacio para cuatro personas.

Uno de los incentivos para la construcción de lavaderos comunales era compatibilizar los usos del agua (Quesada, 2017, p.2). Si el agua de un manantial se canalizaba a una fuente para beber las personas, luego pasaba a un abrevadero, para continuar al lavadero, se garantizaba así que los animales no bebieran aguas contaminadas por el lavado de la ropa. Era el caso del lavadero de Las Pilas, y aún se ve en Las Nogueras. Si además, el lavadero desaguaba en una balsa para regar las huertas, podemos decir que el aprovechamiento integral del agua era una realidad por toda la geografía del término.

Aunque en un principio en todos los lavaderos se lavaba de rodillas, en el año 1933¹⁵ un concejal del Ayuntamiento de Requena hace una primera propuesta para que los lavaderos se arreglen de forma que se pueda lavar de pie. Siguiendo con esa dinámica de avances, en 1937¹⁶ la Comunidad de Regantes plantea acometer una obra en la acequia de Reinas que redundará en la misma mejora expuesta respecto a los lavaderos

14 Quixal Santos David: "Patrimonio y sistemas hidráulicos de la zona Fuen Vich - Los Pedrones - Casas de Sotos", *Oleana* nº 21, II Congreso de Historia Comarcal, Requena 2006, Centro de Estudios Requenenses, pp. 249-272

15 AMRQ sign. 2870 Libro de Actas Municipales 1932-1933, Acta 1 junio 1933

16 AMRQ sign. 2867 Libro de Actas Municipales 1936-1938, Acta 17 junio 1937

de Las Higuerillas y La Callejuela, así como en higienizarlos. Una vecina de Requena recuerda el cambio en el de Las Higuerillas, «en este lavadero primero se lavaba de rodillas y luego lo acondicionaron para lavar de pie», otra en el de los Pedrones y otra en El Lavaerillo de El Rebollar. Sin embargo en el de Reinas siempre se lavó de rodillas.

Por otra parte, a finales de la Guerra Civil, en un Acta de 10 de junio de 1939¹⁷, podemos leer: «Visto el lamentable estado de abandono y destrucción en que se hallan los lavaderos públicos de la población con excepción del que se halla situado en la calle de las Cruces, limítrofe a la vía férrea, por unanimidad se acuerda proceder a la construcción de nuevos lavaderos en el mismo sitio que ocupan los actuales, modernizándolos y dotándolos del máximo posible de condiciones higiénicas, y haciendo extensivo este acuerdo a las fuentes públicas de esta población».... Cabe pensar que a partir de entonces ya se reconstruyeran con la idea de que se lavara en posición vertical.

Los lavaderos podían tener una sola pila, o estar dividido en dos partes. En ellos la zona más cercana a la entrada del chorro de agua era para aclarar la ropa y la siguiente para enjabonar; las mujeres iban rodando. Si había tres, la tercera se destinaba a lavar lo más sucio, los pañales, los «andalés» (conjunto de tiras de trapos viejos atados a un palo de madera que servía para quitar el polvo del suelo), los «rodillones» (telas con los que de rodillas, fregaban el suelo las mujeres)... En algunos lavaderos como el de Reinas o el de los Pedrones, la primera zona se reservaba, por higiene, para las que iban a «hacer el friegue».

Era común que las hijas e hijos acompañaran a sus madres para compartir con ellas el acarreo de la carga de la ropa hasta el lavadero. Desde jóvenes se entrenaban en la cultura del esfuerzo.

Se iba a «coger sitio», y para ello las mujeres madrugaban para ponerse en las primeras losas, por donde entraba el agua, más desgastadas por el uso.

Respecto al lavado en acequias, regajos, charcas, fuentes, barrancos, ramblas, balsas, ríos... varias eran las razones para acudir a ellos. Una gran parte de las veces era porque no tenían más remedio al no poder optar al lavadero, pero había otras: buscar agua limpia que corriera en lugares «donde había más sitio, porque en el lavadero de Las Pilas se estaba más encajonada»; «en verano poder estar al aire libre, que se estaba muy a gusto»; aprovechar las circunstancias que les permitieran llegar al punto de lavado sin tener que cargar con el peso de la ropa y demás menesteres. La única condición imprescindible para poder lavar es que el lugar dispusiera de agua limpia, con una profundidad suficiente, un mínimo de entre veinte y cuarenta centímetros, que se pudiera embalsar, que hiciera tollo, para que la ropa no se ensuciara de tierra y que el agua corriera bien para llevarse el jabón y la suciedad del lavado. Estos espacios aparecían de manera espontánea en la naturaleza y otras veces se tenía que acondicionar el

17 AMRQ sign. 2869 Libro de Actas Municipales 1939

terreno para formarlos, algo en lo que con frecuencia intervenían los hombres porque manejaban las herramientas adecuadas, pico, pala o azada. Se concluían los lavaderos colocando unas piedras grandes lisas con cierta inclinación sobre las que se restregaba la ropa o sobre las que se colocaba la losa. En ocasiones las riadas los destruían y se volvían a rehacer. En adelante llamaremos también lavadero a estos lugares.

En Casas del Río, como el lavadero se alimentaba con agua del río Cabriel mediante La Noria de la aldea, cuando llovía podía ensuciarse mucho debido al arrastre de tierras; en esos casos, se iba a las fuentes a lavar, tal como la del Molinico que estaba a unos tres kilómetros, tenía caño y hacía balsa. Para llevar la carga, se echaba mano del burro, al que conducían las mujeres con «mucha facilidad pues lo llevaban del ramal y el animal iba detrás»... Siempre se juntaban dos ó tres mujeres para no ir solas, porque esos «charcos estaban en el monte».

Otras veces, las mujeres aprovechaban que los hombres de la familia iban con el carro a trabajar al campo a un lugar próximo a un lavadero, y cargaban la ropa. «Mi padre cuando acudía desde El Rebollar a trabajar la huerta situada en lo que hoy es el centro de salud de Requena, de paso me acercaba al lavadero de La Callejuela.

Algunas mujeres de El Rebollar cogían el tren e iban al lavadero de Las Derechas. Tenían que calcular el tiempo con el que contaban para lavar según la hora de ida y de vuelta de los trenes, «así que... ¡menéate!».

El Lavadero Madrid (fotografía 13), a un kilómetro de la aldea de Roma, era un tollo de agua que manaba, un «ojo de mar», pegado al río Magro, casi en su cauce, en el que desembocaba. Cabían unas ocho mujeres e iban a turnos. Acudían, en cualquier época del año, desde San Antonio y Las aldeas de La Vega del Magro, de Calderón a El Pontón, aunque el agua salía caliente en invierno. Estaba acondicionado con piedras planas para que se pusieran bien las losas de madera. Cuando había riada se cegaba y los hombres lo volvían a abrir y lo ensanchaban, habilitándolo de nuevo. Al lado del lavadero está la Fuente Nueva, de dónde, con cántaros, se cogía agua para beber. Su nombre se debe a que por su lado pasaba el Camino Real Madrid-Valencia, antes de que se hiciera la carretera N-III. Cuando llegó el agua potable y las pilas, cayó en desuso, allá por el 1966.

Según las épocas del año, las circunstancias personales y el lugar en el que vivían, algunas mujeres cambiaban de sitio de lavado. Las de La Portera iban en invierno a la Fuente del Arquillo, en Hórtola, ya que el agua estaba caliente; a salida del sol ya iban de camino con la idea de coger «el primer ojo» (el agua más limpia). Era un tollo redondo en el que cabían diez o doce mujeres. En verano lavaban a la sombra de los árboles en el río Magro, en Hortunas, que llevaba el agua limpia, «si te daba sed, bebías de él».

Las mujeres de Hortunas lavaban en verano en el río y en invierno en La Piñuela, que estaba cerca de la aldea, detrás de la cooperativa, en un charquillo que hizo la

gente de la aldea, con profundidad suficiente para aclarar sábanas, en el que salía el agua «calentica» y que continuaba hasta una balsa de riego.

En San Juan se lavaba al lado de una chopera, en el río Magro; el agua estaba tan clara que se veían los pececillos y los cangrejos, había zonas con tollos muy grandes, algunos cubrían bien y eran muy buenos para el baño.

En San Antonio, en verano, con poca ropa que lavar, se iba a la rambla de la Media Carrera, que pasaba por medio de la aldea, buscando siempre el llano; si había mucha ropa, se prefería el río, que había sitios determinados que se habían arreglado para eso; si venían las «venidas» se recomponían los mismos o se cambiaba a otros mejores que se habían formado.

En Penén se lavaba en la rambla Albosa; en verano, en una zona que se formaba tollo, al lado de una chopera, a unos trescientos metros de la aldea. Las mujeres apoyaban sus losas sobre piedras; hacían un cordón de ellas para embalsar el agua y al ser una zona con mucha grava la ropa no se ensuciaba con el aclarado. Sin embargo, cuando hacía frío se lavaba en El Lavaerillo, al lado de Los Peñones (un tollo grande, antigua zona de baño cuando el agua era cristalina, que la bebían y se criaban cangrejos autóctonos); el agua manaba caliente de la tierra, podía tener dieciocho grados y en el ambiente haber cuatro. Había espacio para cuatro o cinco personas.

En el Derramador, en invierno, cuando estaba lloviendo siete u ocho días seguidos, por necesidad había que ir a un lavadero de Requena el día que hiciera «bueno». Acostumbraba a ser el de Las Derechas. Lo habitual era que un grupo de mujeres quedara para ir juntas en el carro del familiar de una de ellas.

En Villar de Olmos las mujeres lavaban en el barranco Donero, situado a la salida de la aldea, por el que podía venir más o menos agua, según las lluvias y según el sobrante de riego que aguas arriba se había acumulado en una balsa. Tenían dos puntos de lavado, uno era el habitual, pero dependiendo del caudal con que contaban, si no era suficiente, se desplazaban a otro cercano en que el terreno permitía hacer más «poceta» y eso favorecía realizar la colada.

A La Fuencaliente (fotografía 14), lugar emblemático situado a algo más de dos kilómetros de Requena, donde mujeres de todas las aldeas de la Vega del Magro, de San Antonio, de Requena, de La Portera... acudían a lavar, con el carro tirado por el burro o la burra. La principal razón era que el agua salía caliente en invierno y a eso se añadía su cualidad prístina; las burbujas de aire salían empujadas por el agua naciente en una balsa donde se acumulaba, y a escasos metros de su nacimiento, ya encauzada en una acequia de riego de la huerta, era el lugar donde se ponían las mujeres a lavar, colocando piedras en la acequia para encajar la losa; con el tiempo se acondicionó un tramo del canal para que se lavara de pie. Había muchos sitios donde colocarse pero en ocasiones debían esperar por el exceso de afluencia.

En Requena, un lugar habitual para el lavado de la ropa era el paraje conocido como Puente Catalán (fotografía 16), por él pasaba la acequia principal del riego de Rozaleme, que era lo suficientemente honda y grande como para darse un baño. Otro espacio era el Regajo de Rozaleme a la altura del Puente Utiel, en su acequia o bien en el propio cauce a la altura del molino de igual nombre.

En El Regajo de Reinas (fotografía 15), bajo la sombra de unos olmos, en un punto entre La Fuente Bernate y La Fuente Baldomeros, las mujeres con sus losas, con sus baleos, lavaban arrodilladas en sus límpidas aguas.

Por otra parte, recordaremos que las mujeres no sólo lavaban ropa, también lana o el mondongo del cerdo en las matanzas. Esto último era una operación que requería varias horas y mucha agua, que encontraban en las fuentes.

En la Fuente del Arquillo, en Hórtola, algunas mujeres de Las Casillas de La Manchega, cada dos años, lavaban la lana de los colchones. Del mismo modo, las sábanas y la ropa de mudar la escaldaban una vez al mes para combatir los chinches.

La lana era necesaria para hacer los colchones de las camas. En Los Cojos, en la rambla Albosa, algunas mujeres la escaldaban en calderos de agua hirviendo para quitarle toda la suciedad. Luego se terminaba de enjuagar en unos tollos, en Los Coscorrones, hasta que salía el agua limpia. Como además había piedras grandes, la lana la extendían en ellas y se escurría. En casa se terminaba de secar y a continuación se ahuecaba con la mano antes de meterla en los colchones.

En Casas de Eufemia, otro sistema era escaldar la lana en casa, escurrirla en capazos de mimbre, para después lavarla y aclararla en la rambla La Esteruela.

LAVAR POR ENCARGO

No todas las mujeres lavaban. Algunas familias podían permitirse pagar a una mujer que tuviera menos recursos para que les lavara la ropa. Esto suponía unos ingresos extras en la economía de los hogares menos favorecidos, más aún en el caso de viudas con hijos pequeños, ya que era una tarea más que las ayudaba a sobrevivir. Normalmente quienes establecían esa relación eran vecinos, o vivían en localidades próximas. Había amas de casa que ejercían como lavanderas por encargo en Los Cojos, Barrio Arroyo, Campo Arcís, Hórtola, El Rebollar.

LA APARICIÓN DE LA LAVADORA

Muchas de las mujeres, aún cuando en sus casas instalaron el agua potable, seguían saliendo fuera a lavar a mano. En Los Pedrones, por ejemplo, que ocurrió en 1969, iban al lavadero a lavar «lo grande». En Penén y en Los Ruices, seguían acu-

diendo a las ramblas respectivas, «porque estaban acostumbradas y era más cómodo que en casa». Sólo dejaron de ir cuando se compraron la lavadora, aproximadamente, entre mediados de los años sesenta y los setenta. Aunque hubo quienes se resistieron al principio porque pensaban que la lavadora no dejaría la ropa como la dejaban ellas, esta adquisición cambió radicalmente sus vidas. Las liberó de un duro trabajo. Era motivo de júbilo. Las mujeres lo expresan así: «¡Bendita lavadora y el agua del grifo! ¡Eran muy precisas!».

FUNCIÓN SOCIAL DE LOS LAVADEROS

Los lavaderos tenían una función fundamental y no hay que olvidar que las mujeres no podían ir a los bares a conversar con las amigas, ni hacer muchas cosas sin el consentimiento del padre o marido. Los lavaderos eran de los pocos sitios a los que podían ir sin pedir consentimiento, puesto que iban a trabajar. Se convertían en lugares de reunión femenina en los que las mujeres podían estar a su aire, sentirse libres, lejos de la presión de la mirada y de la presencia masculina, en los que se podían fortalecer las amistades y las redes de apoyo (fotografía 17). En esos espacios las mujeres podían hablar sin tapujos, expresar ideas, inquietudes, contarse penas, alegrías y amoríos; compartir cantares, chistes, que les ayudaba a pasar el tiempo. El hecho de estar con otras mujeres hacía más liviana la faena.

En ocasiones, alrededor del lugar solían jugar niños pequeños, hijos de muchas de ellas, a los que socializaban entre todas.

A continuación se transcriben unas frases de las mujeres entrevistadas que recogen lo anterior.

«Me gustaba lavar porque mi madre me enseñó desde muy pequeña y se pasaba la mañana sin enterarte, porque cada una decía una cosa, eras joven y te lo pasabas bien».

«Nos juntábamos todas y te distraías».

«Daba mucho gozo estar lavando y comentando con otras mujeres».

«A la mujer de esa época, de las faenas que había, la que más le gustaba era esa, la de lavar, porque también iba a alternar... también disfrutaba».

«En los lavaderos, las mujeres hablaban y te enterabas de todo lo que pasaba en el pueblo. Era la gaceta».

«Aparte del lavado de la ropa era el círculo social en el que las mujeres daban las noticias del momento, los enamoramientos, las divergencias, los nacimientos»...

«En el lavadero se “cascaba” de los hijos...mi hija tiene novio... de cosas de los maridos...de... ¿Qué vas a hacer de comer?».

«Cuando se pasaba la fiesta de La Purísima, la gente iba apostada a lavar para saber quién se había “arrimado más” en el baile.»

«Cuando alguna decía “que hay ropa tendida”, era una señal para no hablar de ciertas cosas porque había niños».

«Las mujeres del lavadero hablaban de lo que encallaba».

«Iba a lavar a la Fuencaliente con tres o cuatro amigas, me lo pasaba muy bien, teníamos confianza y nos contábamos las cosas con naturalidad, sin picardía».

«Después de una fiesta, cuando éramos jovencillas y acudíamos varias mujeres a lavar a la rambla, pues ese día no lavábamos mucho... nos poníamos a contarnos cómo nos lo habíamos pasado el día anterior».

«En la olmeda de la rambla, cabíamos siete. Nos contábamos lo del baile... yo he bailado con este, yo con el otro, ese va detrás de esa... se veía que se daban calor... Yo bailaba con el que ahora es mi marido, una sí y otra no, para que no se fuera del todo ni tampoco se confiara mucho. Es que hubo un cura en la escuela que nos decía: a los hombres no hay que darles el pan, hay que enseñárselo, porque si se lo comen, se van».

CONCLUSIONES

«Iba al campo y lo más pesado era lavar». Esa expresión de una de las mujeres entrevistadas explica de manera breve y contundente, la verdad que escondía la faena de lavar a mano, más si se ejercía de rodillas: la dureza, la penosidad, la dificultad, comparable o superior a las tareas agrícolas. Era un trabajo titánico, que requería bravura y resistencia física.

Estas mujeres, en sus narraciones en torno a uno de sus quehaceres cotidianos, lo hacen sin darse la menor importancia, con la interiorización firme de que cumplían con su obligación y sin ser conscientes del valor que tiene ser guardianas de la higiene en sus casas. Su memoria amplía nuestra mirada hacia el pasado. Sirva este trabajo como reconocimiento hacia ellas.

En cuanto a los edificios, respecto a los de las aldeas, cuatro lavaderos están en la periferia de las poblaciones y los otros cerca de viñas, ramblas, monte... en enclaves paisajistas preciosos; se les puede encontrar dando un agradable paseo desde el centro de las aldeas del mismo nombre. Todos merecen visitarse, todos tienen alguna singularidad, estando contruidos con materiales vernáculos y técnicas tradicionales. Ya se apuntó que en Requena quedan ruinas de dos.

La Fuencaliente, antaño un hermoso y frondoso lugar, con fuente y balsa, está en un estado deplorable de abandono.

El Lavadero Madrid, en pleno bosque galería del río Magro, llegó a ser una seña de identidad de los lugareños de La Vega y un lugar de esparcimiento. Hace setenta años, en Pascua, iba la banda de música de San Antonio a tocar allí. La gente bajaba con los carros desde las aldeas, pasaban el día y bailaban. A pesar de que las riadas lo han cubierto de sedimentos, aún se ve salir un hilo de agua.

Los lavaderos forman parte del patrimonio cultural, de nuestra historia. Quizás puedan recuperarse un día en memoria de las mujeres, para honrarlas, para cumplir el deseo de muchas de ellas: «Si estuviera el lavadero, aún iría a lavar la mopa, el delantal, paños de cocina... Si hicieran uno, me encantaría ver cómo corre el agua».

AGRADECIMIENTOS

Gracias de corazón a las mujeres que me abrieron su memoria, y algunas también su casa.

Amparo Estaban López, 59 años. La Cañada
Pilar, 74 años. La Cañada
Carmen, 62 años. La Cañada
Pilar, 65 años. Villar De Olmos
Adela Carrión Alcocer, 84 años. Las Nogueras
Paquita Domingo Vinuesa, 80 años. San Antonio
María Medina López, 81 años. Calderón
Carmen Cruz García García, 74 años. San Juan
Adelina Serrano Gallego, 68 años. Barrio Arroyo
Emilia García Mislata, 68 años. Roma
Maruja Hernández Hernández, 85 años. El Derramador
Araceli López Cervera, 83 años. El Azagador
Encarna, 75 años. El Pontón
Consolación Núñez Guillamón, 58 años. El Rebollar
María Ramón Pérez, 79 años. El Rebollar
Marina Pedrón Haba, 90 años. La Portera
Josefina, 70 años. La Portera
Carmen Navarro García, 84 años. Casillas de La Manchega
Bienvenida Muñoz Pardo, 91 años. Hortunas
Lucía Pérez García, 71 años. Los Ruices
Mari Carmen Ferrer García, 64 años. Casas de Cuadra
Julia Ochando Palomares, 83 años. Casas de Eufemia
Pepita Cutanda, 78 años. Casas de Eufemia
Mari Carmen, 76 años. Los Duques
Encarna Gonzalez Gonzalez, 86 años. Campo Arcís
Angelita Arroyo Lozano, 77 años. Los Cojos
Dolores Cárcel López, 81 años. Los Cojos
Mariluz, 60 años. Los Isidros

Amparo Giménez Salcero, Penén de Albosa
Julieta, 79 años. Penén de Albosa
Paquita Pedrón Jabaloyas, 82 años. Los Pedrones
Adelina Villanueva García, 69 años. Casas de Soto
Isabel Soriano, 58 años. Fuen Vich
Iluminada, 79 años. Casas del Río
Gloría Martínez Cañabate, 88 años. Requena
Merce García Gabaldón, 62 años. Requena
Carmen Cambres Alcocer, 67 años. Requena
María Rosa Cortés, 84 años. Requena
Pilar Zahonero Gisbert, 77 años. Requena
Remedios García Gómez, 92 años. Requena
Amparo Blasco, 90 años. Requena

Gracias a la memoria prestada de:

Toni Hernández García, 77 años. Requena
Vicente Hernández Serrano, 93 años. Barrio Arroyo
Emilio Llorca Martínez, 97 años. Casas del Río
Enrique González Nuévalos, 60 años. Penén de Albosa
Antonio Gómez Salinas, 73 años. Roma
Rafael García, 93 años. Requena
Carlos Cárcel Pérez, 68 años. El Rebollar

Gracias: a Nacho Latorre Zacarés por sus orientaciones, a Vicente Argilés Gómez por la cesión de sus fotografías propias y autorizadas, y especialmente a Jacinto Andrés Martínez por sus dibujos, fotografías y memoria.

BIBLIOGRAFÍA

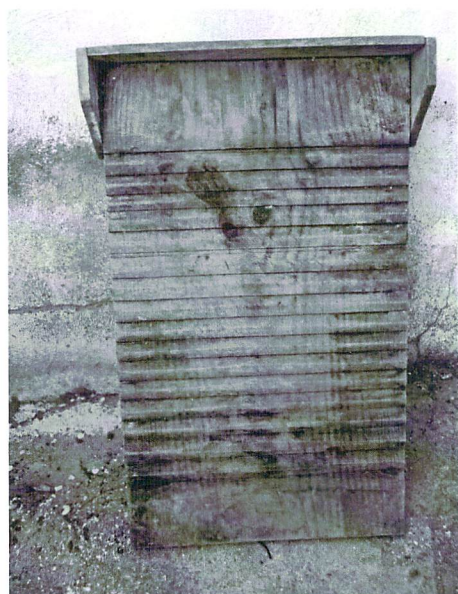
QUESADA MORALES, Daniel. Arquitectura e higiene. Lavaderos públicos y salubridad en el siglo XIX: el caso de Granada. Biblio3W. *Revista Bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales*. [En línea]. Barcelona: Universidad de Barcelona, 25 de julio de 2017, vol. XXII, nº 1.206.
<<http://www.ub.es/geocrit/b3w-1206.pdf>>. [ISSN 1138-9796].



Fotografía 2: Gaveta



Fotografía 3: Esportilla



Fotografía 4: Losa de madera



Fotografía 5: Balco



Figura 1: Lavandera. 2021. Autor: Jacinto Andrés Martínez



Fotografía 6: Lola lavando en una acequia de Los Isidros. 1960. Autor: Pepe Latorre



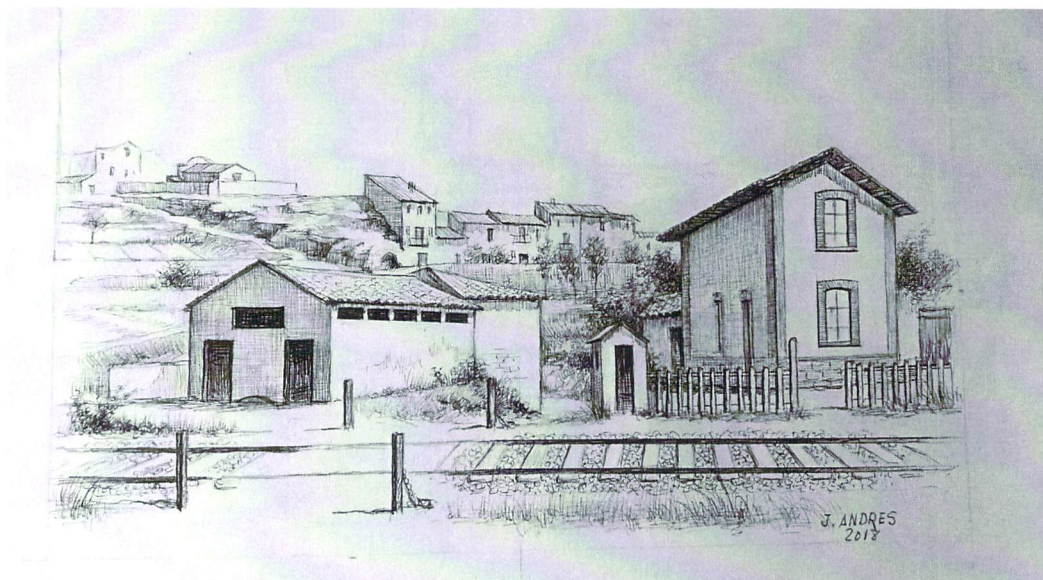
Fotografía 7: Mujeres lavando en la rambla Albosa. Los Isidros. 1960. Autor: Pepe Latorre



Fotografía 8: Lavadero de Reinas, Requena. 1991. Autor: Vicente Argilés Gómez



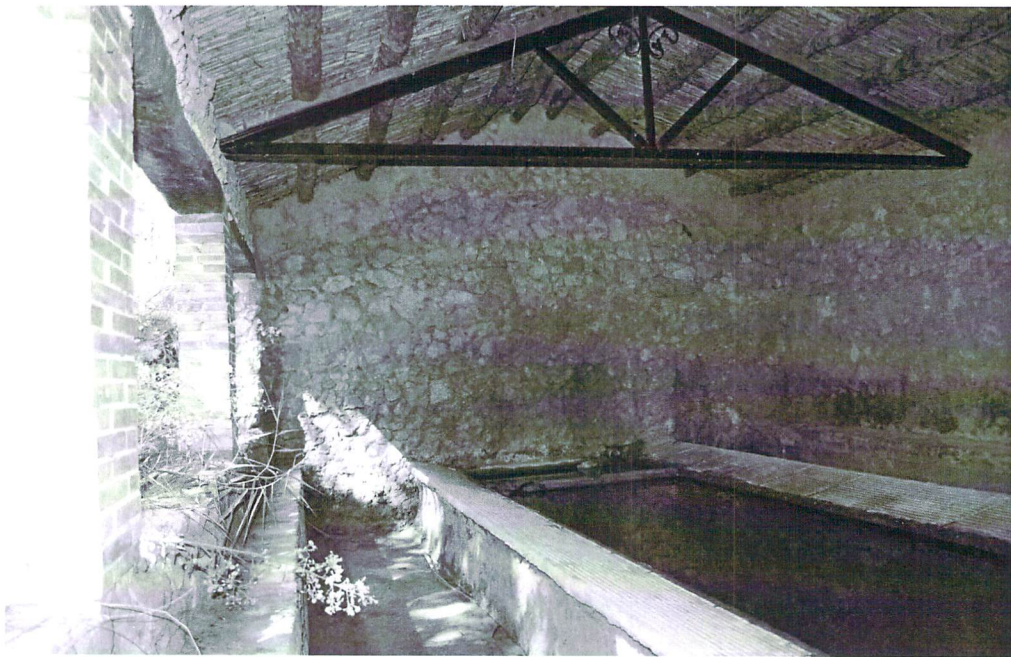
Fotografía 9: Lavadero y Fuente de Las Pilas, Requena, en torno a 1925



Fotografía 10: Recreación del lavadero de Las Derechas, en torno a mediados años 60 del s. XX, Requena. 2018. Autor: Jacinto Andrés Martínez



Fotografía 11: Lavadero de Casas del Río. 2021



Fotografía 12: Lavadero de Los Cojos. 2021



Fotografía 13: A la derecha, lugar donde se acondicionaba el lavadero Madrid, en las proximidades del río Magro, Roma. 2021



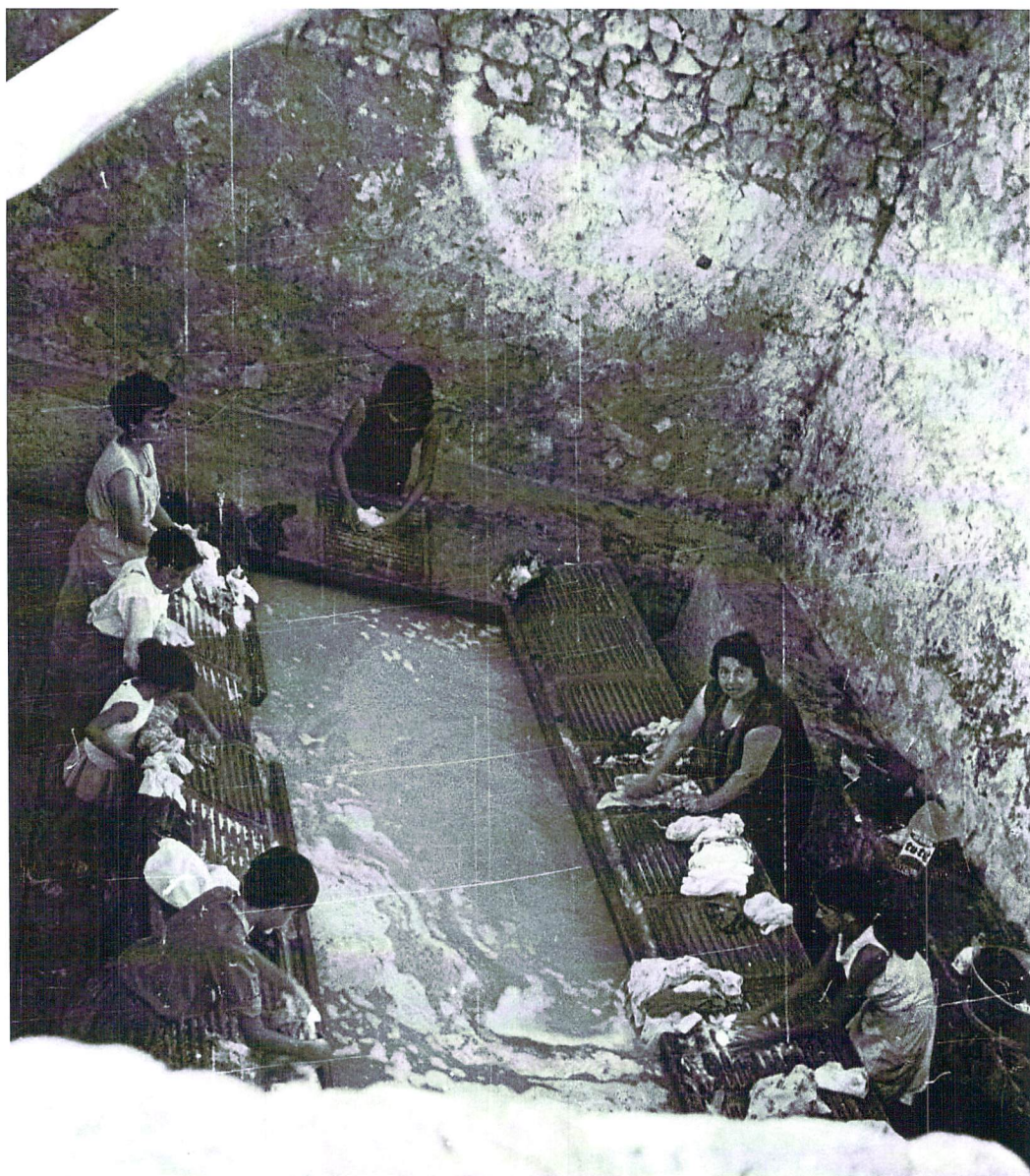
Fotografía 14: La Fuencaliente a finales años 70 del s. XX, Requena.
Cuadro de Jacinto Andrés Martínez



Fotografía 15: Regajo de Reinas a la altura del puente del barrio de Las Ollerías en Requena,
en torno a principios del s. XX.



Fotografía 16: Felisa García lavando en el Puente Catalán, Requena. 1960. Autor: Jesús Gómez García



Fotografía 17: Lavadero de Los Isidros. 1960. Autor Pepe Latorre